

Una aproximación a Rafael Chirbes
MANUEL LLORENTE

En la orilla podría titularse *Crónica amarga de la especulación inmobiliaria*. Pero es más, bastante más. Esta novela habla de familias destrozadas, o unidas por el cemento del dinero; es una crítica feroz del arribismo y aborda la vejez indómita, cruel, pertinaz. El hombre solo, abandonado a la miseria de un cuerpo vencido, decrepito.

Rafael Chirbes escribe *en la orilla* de un pueblo apartado, *en la orilla* de un modo de escribir, exigente y sin contemplaciones; *en la orilla* de un mundo donde la xenofobia es pan de cada día, *en la orilla* de la traición y el engaño.

En este libro todo salta por los aires. La bestia humana campa a su aire aunque Rafael Chirbes mira con ternura el esfuerzo por el trabajo bien hecho, como el del carpintero, uno de los personajes de la novela, O como lo que siente hacia los pescadores de *Gran Sol*, aquella novela de Ignacio Aldecoa. Pero no es piedad sino respeto, admiración, reconocimiento.

Rafael Chirbes se nutre de lo que hoy asola la sociedad y nos lo devuelve con una crudeza que no queremos contemplarlo. Nos acerca al microscopio y allí aparecemos desnudos. Nuestra alma tal cual, tan contradictoria.

Rafael Chirbes es incómodo. Nos hace removernos en la silla mientras le leemos. Nos deja delante una bomba de relojería y se va a una tienda a comprar los ingredientes con los que comerá dos horas después. A fuego lento, macerándolo. Como sus novelas.

Rafael Chirbes escribe frases como: «si esto no explota es porque la familia está ahí, porque los parados viven de la jubilación de sus padres». Y a ver qué haces luego. O: «No hay hombre que no sea un mal cosido saco de porquería». Incluso: «Si para algo existe el dinero es para comprarles inocencia a tus descendientes».

Rafael Chirbes cree que el escritor debe ser «pulga y liebre, para que no te atrapen». Y así podríamos seguir.

Este hombre descreído (y ya sabemos que no le fatan razones de toda índole) tuvo que esperar a que la televisión llevara *Crematorio* a su terreno para que en España se le reconociera como es debido. En Alemania, gracias al popular programa televisivo de libros del crítico ya fallecido Rainer Reich-Ranicki, *La buena letra* y *La larga marcha* le pusieron en órbita. Arrasó. Vaya diferencia.

Rafael Chirbes, que estudió Historia en Madrid, nació en 1949 en Tavernes de la Valligna (Valencia) y hoy cocina y pasea entre sus perros y gatos por Bencarbeig (Alicante), deslumbró ya con su primer libro, *Mimoun*, finalista del Premio Herralde de 1988. Esta inquietante obra ambientada en Marruecos, donde dio clases, está protagonizada por alguien que huye y que se busca a sí mismo, alguien perdido, desconcertado.

Pero yo prefiero esa anatomía de posguerra que dibuja en una comedia humana que tituló *La larga marcha* en 1996: padre e hijo esperando el nacimiento de un vástago en una madrugada de febrero en una aldea, inquietos, nerviosos, en silencio; el limpia Pedro del Moral, viudo y padre de un chaval que ahora es boxeador, y de un niño con el que va a Salamanca desde Fuentes de San Esteban para salir adelante; o el médico Vicente Tabarca, siempre con miedo, que practica abortos a escondidas para poder comer, represaliado como está tras la guerra por su pasado de izquierdas.

O el arribista Luis Coronado, ese que decía: «yo no vengo del mono, como los comunistas, que dicen que vienen del mono y a veces pienso que tienen razón. A mí me hizo Dios y me hizo hombre y español». O ese Pedrín, de correajes y camisa azul, y su relación ambigua con Roberto.

Miedo, frío, fusilamientos, huidas, pavor. Una guerra civil incruenta que te conmueve. Tan lejana, tan cercana.

Y está también *La buena letra* y *Los disparos del cazador*, con el pasado siempre ahí, como el sudor del escalofrío, acechante, incómodo, esa piel que no te puedes arrancar.

Rafael Chirbes, el que ama a Galdós y sus personajes, de los que dice que se pueden pellizcar cuando los lees. Rafael Chirbes, tímido, sincero. Abrumado por las críticas literarias, el que estudió en internados para huérfanos de ferroviarios, el viajó fuera de España, fue encarcelado y trabajó y dirigió la revista *Sobremesa*, el que escribe sobre lo que le desazona o le asusta, el que cree que «la Historia es un desastre hasta la derrota final».